

DE CÓMO UNA TOMA DE METHOXPHENIDINA ME SIRVIÓ PARA SABER A QUÉ DEDICARME PROFESIONALMENTE

*- Canst thou not minister to a mind diseas'd,
Pluck from the memory a rooted sorrow,
Raze out the written troubles of the brain,
And with some sweet oblivious antidote
Cleanse the stuff'd bosom of that perilous stuff
Which weighs upon the heart?
- Therein the patient
Must minister to himself.*

Adquirí a un laboratorio inglés un gramo de este disociativo, derivado de la methoxetamina, hoy ilegalizado en su país de origen, patentado por un investigador que, de adolescente, perdió una mano por un atentado del IRA, y, en la actualidad, pese a tener un buen trabajo en una universidad británica, sigue sin atreverse a “salir del armario”. Dado lo reciente de su circulación y la escasez de pruebas/estudios, la información que pude ver en distintas webs no aclaraba si actúa o no como inhibidor de la recaptación de dopamina. Diría que no, lo que no niega el efecto homeopático, *id est*, beneficioso que en mí que tuvo su ingesta.

Motivo de la toma/enfoque/set

Me encontraba en una situación de desorden, “disociado del medio/del mundo”, con un deseo de marchar de donde estaba, escapista, de emigrar, pero sin saber bien hacia dónde ni para hacer qué, ni a qué dedicarme. Por ello, me acordé de la máxima hipocrática: “¿Si aplico un disociativo a un ser disociado, de la vida, lograré un efecto integrador?”. Evidentemente, yo era el conejillo de indias. Había leído algunos escritos de alguna toma de MXE (methoxetamina), que decían que en los meses siguientes su “ansiedad social” había disminuido o se había eliminado por completo, en parte, al menos, por su acción sobre la dopamina. Pensaba que podría lograr algo parecido. Sin embargo, no fue exactamente así...

Setting

St. Vicente de la Barquera, Cantabria, finales de julio de 2014. Alquilé una habitación junto al puerto. Dosis: 150mg. Tenía presente que es una sustancia activa a dosis bajas, de gran potencia, por lo que empecé haciendo una prueba con 60mg. Me senté en la cama del hotel, libreta en mano, anotando las distintas sensaciones que iba teniendo.



. A los pocos minutos, ya empecé a notar ciertas distorsiones en el (s)o(n)ido y cierta hipotermia (había ayunado). 15-20 minutos después, con la vista hacia abajo, hacia la libreta, me pareció ver pasar una sombra ante el espejo que tenía delante. Me asustó (y no poco).

Las sombras que había en la pared parecían cobrar formas: una liebre, una cabeza de perro, lo que me resultaba algo inquietante; de crío, en la penumbra, sentía algo parecido. Seguí con las anotaciones y 10-15 minutos después, vuelvo a creer ver por un ángulo del ojo que una sombra pasa ante el espejo. Me levanto a orinar, y al volver me termino de asustar/atemorizar y de constatar la potencia y el alcance del fármaco: sobre la cama había una lámina enmarcada a la que no había prestado atención; sentado, la tenía a mi espalda y no me había parecido que tuviera nada de especial.



Era el interior de una habitación con una ventana de un lado por la que se asomaba una niña/niñito rubita-andrógino; en esos momentos, parecía que se hubiese *animado*, que hubiese cobrado vida, parecía como si hubiese un crío de mirada escrutante vigilándome, asomándose desde esa ventana al interior de la habitación.

Por supuesto, sabía que era una lámina, pero experimenté que la razón y las sensaciones van por caminos distintos. Saber que era un papel “inerte” no me impedía asustarme. 15 minutos después los efectos se fueron diluyendo, y me encontré ante una disyuntiva: ¿dejo los 90-100 mg que tenía “pendientes” para otra ocasión, con compañía quizá, o me decido? Finalmente, me digo: “¿a qué he venido yo aquí? ¿Para qué he alquilado esta habitación?”

Y me decido. Tras la segunda toma, bajé a la calle de inmediato, me sentía más seguro en el ágora, entre la sociedad. Creí ser más sensible o receptivo a los miedos de la gente. Al subir, ya de noche, por una costanilla estrecha y poco iluminada del Casco Viejo, me pareció notar cierta sensación de temor (o susto) de dos mujeres con las que me crucé en la oscuridad. Sobre la tapia de un solar abandonado, un gato negro y tuerto, me guiñó un ojo.



Los ruidos que, en general, me gustan muy poco tendían a ser más estridentes. Un *skate* que pasó cerca de mí, no lo había notado, me sobrecogió; también, las voces de un padre al abroncar amenazante a su hijo. Igualmente, el olor a mar y a fritanga de los bares se intensificaba.

Entré en una taberna a cenar algo. Había un matrimonio holandés: clientes risueños y alborozados (no obstante, la mujer parecía sacada de alguna pintura de Botero), camareros sudamericanos y los hosteleros españoles.



Me parecieron seres pertenecientes a mundos distintos y ajenos entre sí, antropologías completamente dispares y divergentes. Viéndolos en la terraza, felices y contentos, no sentí afinidad con ninguno. Al contrario, yo “sentía” que “mi mundo” no pertenecía a ninguno de aquellos tres grupos. Al levantarme y salir del bar, las ondas del compuesto ya me iban “meciendo” y conduciendo para lo que vendría poco después. Por mi cabeza pasó un pensamiento angustioso (y veraz): “estás en la treintena y no tienes trabajo, ni casa, ni ahorros, ni pareja”, que enseguida se enderezó con otro (no menos cierto), de orgullo: “pero estás haciendo trabajo de científico, te estás ganando la vida, aunque no te la paguen”.



Unos diez minutos después, me siento en un escalón junto al muelle y poco después entro en el fatídico “agujero M (de conciencia)”: durante 25-30 minutos, calculo, no supe quién era ni qué era ni dónde estaba.

Tuve sensación de ser una “máquina programada y encadenada”, como el resto (o la mayoría) de humanos, y de estar inmerso en alguna prueba importante, pero muy peligrosa, de la que podría obtener una gran recompensa o hacerme regresar a “la prisión de partida”. Repetí, en bucle, el nombre de un par de amigos, de mi padre y pronuncié la palabra “esquizofrenia”: “Esquizofrenia, ¿qué es esquizofrenia? No lo sé, pero creo que es algo muy grave”. Al recuperar la conciencia, di un paseo nocturno y pasé, introspectivo y taciturno, al otro lado del puente medieval de piedra.



Deambulé solitario y melancólico; de natural impaciente y ávido, quería de inmediato notar progresos y mejorías, y casi fui incapaz de valorar y apreciar la salida de aquel horrible y peligroso agujero (y de la belleza del pueblo). Los progresos, en cualquier caso, sí los constaté...aunque de regreso a Oviedo.

Me parece algo necio precipitarse a preguntar: “¿cómo te sientes?”, justo al salir de una toma con algún psicofármaco o “planta maestra”. Para valorar y ponderar los beneficios y cambios (o no), de algún compuesto conviene esperar unos días o una semana.

Conscuencias/cambios

Las sensaciones, por definición, efímeras, fugaces y pasajeras no tienen gran importancia, y sí, en cambio, consolidar ciertos estados, forjar nuevas sinapsis, “desatar nudos”, aportar cierto orden a tu vida, al sistema que uno es y del que forma parte, y en general, aumentar las “prestaciones vitales”. Pasé el día siguiente en el pueblo y de noche retorné a casa. En los días inmediatos, posteriores, parecía como si mi separación del entorno se acentuase y, en general, mi conducta se reforzase, en un ligero *afterglow* remanente.

Sin embargo, tres días después, en el primer sábado del mes de agosto, me encuentro por el barrio a un antiguo compañero de secundaria, con quien no me había

portado demasiado bien y que suponía no querría hablar conmigo. Me saluda afectivo, me dice que tengo “buen aspecto, que estoy delgado”, y me expulsa. Le cuento mis “andanzas” y lo que llevo haciendo en el último año y medio. El tío es profesor de español en el extranjero, ahora en Uzbekistán. Tras 30-40 minutos de buena conversación, nos despedimos, y esa misma tarde pienso: “¿Por qué no dedicarme a eso? Profesor de español *abroad*”.

El disociativo, al final, terminó aportándome luz. De no saber a qué dedicarme antes de la toma, subsistiendo con trabajos esporádicos, precarios, sin una línea clara de relación a qué hacer, a qué ser, me transmitió la solución de una manera “ecológica”, de adquisición de un orden interno de manera autónoma. Es bien sabida la importancia que tiene a nivel identitario saber cuál es tu profesión, “¿qué es “lo tuyo”? Desde entonces, he acabado el Máster de ELE de la UNED, con muy buenos resultados, y vengo dando clases en una ONG a extranjeros y en un instituto de secundaria, sabiendo, por otra parte, que tengo la tradición familiar a mi favor.

Abraham Antuña